

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CONCERTADO

DECENARIO POPULAR CON CENSURA ECLESIASTICA

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

10 números cada diez días, 2 reales al mes	
20 " " " " " " " " " " " "	1 pta.
100 " " " " " " " " " " " "	5 " "
500 " " " " " " " " " " " "	25 " "
1000 " " " " " " " " " " " "	50 " "

«Este precepto os doy: Amaos los unos á los otros como Yo os he amado.»

(JESUCRISTO Á SUS DISCÍPULOS)

Tirada mensual de este periódico
21.000 EJEMPLARES

ADVERTENCIAS

Los encargos y suscripciones de la localidad en la librería de

D. Lino V. Sanguinés, Corrida, 73

La correspondencia de provincias al señor Dtor. de EL AMIGO DEL POBRE.—Gijón.

Es necesario que El Amigo del Pobre se propague más y tenga, por lo menos, doble número de suscriptores. Los que lo son en la actualidad ¿no nos proporcionarán, cada uno, uno más?

Pade nuestro

Era muy pequeña; seis años contaba y ya no tenía madre: ¡Pobre niña!

Angela se llamaba; y un ángel parecía con sus cabellos rubios graciosamente rizados.

Si ¡un ángel!, pero de esos que entristecidos modelan los escultores sobre los sepulcros.

¡Y es que el rostro de los niños pierde su alegría cuando en ellos falta el calor de los besos de una madre!

Era el día de todos los difuntos, ese día en que los vivos visitan la mansión de los muertos para dedicarles flores y oraciones. Y también fué ella al Campo Santo para rezar por su madre

Y allí, arrodillada sobre la húmeda tierra de la fosa, con sus manecitas cruzadas sobre el pecho, entre acongojados sollozos exclamaba:—Por mi madre, «Pade nuestro que estás en el cielo...»

¡Más de cien veces había repetido la misma oración y siempre por su madre!

El angelito no sabía más.

Vió a otras niñas de su edad depositar flores y coronas ¡muy bonitas! sobre las lápidas esparcidas por todo el cementerio, y esto aumentó su pena.

¡Ni una flor, ni una lucecita tenía ella para el sepulcro de su madre!

Y lloraba, lloraba mucho, pensando que lo vería desde el cielo y creería que su Angelita, su niña, ya no la quería.

—Si te quiero mucho, ¡mucho!—decía como respondiendo a su pensa-

miento,—pero pade está malito desde que tú te fuiste al cielo, y no ha podido darme para comparar fores, y me ha decido que te rezara muchos, muchos «Pade nuestros» que valen más que las fores, ¿es verdad?... ¿valen los «pades nuestros» más que las fores? Pues las niñas que taen fores a sus mades que están en el cielo ¿por qué se van tan ponto y no rezan? ¿será que sus mades no les enseñó el «Pade nuestro» como tú a mí? ¿o es que sus pades no les han decido que vale más rezar que las fores?...

—Por mi madre «Pade nuestro que estás en el cielo...»

Un señorón acompañado de una preciosa niña, un poquito mayor que Angelita, pero muy poquito, y como ella un ángel, y seguido de dos lacayos que conducían una lujosísima corona y multitud de flores en un cesto, se detuvo junto a un suntuoso sepulcro, próximo a donde estaba la huerfanita. Dió algunas disposiciones para la colocación de flores y corona; y sin murmurar una oración, siquiera breve, se marchó.

Al pasar junto a Angelita, la niña rica se fijó en ella y al verla tan triste y llorando, se acercó preguntándola:

—¿Por qué lloras?

—Por mi madre que se ha ido al cielo y está aquí.

—¡Anda! ¿ahí? y ¿no la pones flores?

—No; porque mi pade está malito y no tenemos pa comparlas. Pero yo...

Seguramente iba a decir que ella rezaba «Pades nuestros» que valían más que las fores.

No dió tiempo a ello la niña rica. Obedeciendo a un noble impulso de su tierno corazón, corrió al suntuoso sepulcro, cogió un manojito de crisantemos y siempre vivas, y las esparció sobre la humilde sepultura de la madre de Angelita.

Esta lloraba de alegría. ¡Ya tenía también flores su madre! y ¡muy bonitas!

¡Con qué ganas se quedó de dar un beso a aquella niña tan buena! Mas se fué tan pronto, que no pudo. ¿Con

qué otra cosa podría ella pagar? ¡Era tan pobre! ¡Ah! sí, sí; con eso pagaría a la que le puso flores en el sepulcro de su madre.

Y corrió presurosa hacia el rico sepulcro y exclamó arrodillándose:—Por la made de esa niña tan buena: «Pade nuestro».

¡Y aquella oración subió mucho más alta que el perfume de las siemprevivas y crisantemos esparcidos sobre la losa!

¡Llegó al cielo!

FEDERICO G. PLAZA, Pbro.

Alemania y los obreros.

Algunos periódicos se esfuerzan en despertar en los obreros sentimientos de hostilidad contra Alemania. Les dicen:

«Alemania es el espadón; Francia, el pacifismo; Alemania, la brutalidad de la barbarie; Francia, la bella luz del progreso; Alemania, el verdugo de la clase obrera; Francia, su libertadora.»

Eso es sencillamente estúpido, y revela una ignorancia inconmensurable.

Ninguna nación ha hecho más, ni tanto, por la clase obrera, y a ninguna le deben los obreros del mundo, mayor reconocimiento.

Los obreros del mundo, digo, no sólo los alemanes, porque Alemania ha enseñado con su experiencia y ha arrastrado con su ejemplo a todas las naciones del mundo por el camino de las concesiones y de las justicias hechas al proletariado.

La legislación tutelar del trabajo y el Código obrero que es la gran victoria arrancada por la clase obrera a los Parlamentos, en Alemania ha tenido su cuna o su maestro.

Cuando un Estado ha hecho alguna concesión al proletariado, se ha dicho: «¿Cómo lo hizo Alemania?», o ha pensado: «Tenemos que hacerlo, porque hace ya mucho que Alemania lo está haciendo.»

Las iniciativas de tutela obrera que no han aprendido de los políticos de Alemania, las han aprendido de sus sociólogos. Alemania ha sido la maestra y la escuela de los demás Estados, muchos de los cuales seguirían en su egoísmo o en su rutina, negando a los obreros el agua y el fuego, sin esa providencial antorcha encendida en el centro de Europa.

Si por alguna nación pueden sentir gratitud y simpatía los obreros, es por Alemania.

Fijémonos hoy en lo que ha hecho Alemania para poner al obrero a salvo de los grandes riesgos que ensombrecen su vida.

¿Quién mantiene a la familia del obrero cuando está enfermo y no gana su pan? ¿Qué es del obrero cuando sufre un accidente de trabajo, cuando se inutiliza prematuramente o cuando llega a la vejez? ¿Quién cuida de su viuda o de sus huérfanos? ¿Quién vela por la salud de la obrera parturienta?

En la mayor parte de las naciones, esos riesgos son otros tantos chorros de miseria que caen a diario sobre la familia proletaria, pero en Alemania, el Estado imperial los ha taponado: el obrero alemán no teme nada de eso; está a cubierto, está resguardado, merced a la estupenda organización del seguro social, gracias al *Código Federal de Seguros*, maciza muralla construida por el Estado, alrededor de la familia obrera.

Alemania aseguró a los obreros contra el riesgo de enfermedad con su ley de 31 de Marzo de 1883.

Inglaterra no lo ha hecho hasta 18 de Agosto de 1911, es decir treinta años después.

Francia no ha concedido todavía a sus obreros ese inmenso beneficio.

¿Cuál es la nación progresiva, y la que con hechos se preocupó antes del obrero?

Alemania aseguró a sus obreros contra el riesgo de accidentes, con su ley de 6 de Julio de 1884.

Inglaterra no lo hizo hasta 1895, esto es, nueve años más tarde, y Francia en 1898, es decir, catorce años después.

¿Qué nación va adelante en el camino de las concesiones a la clase obrera?

Alemania aseguró a sus obreros contra el riesgo de invalidez y de la vejez, es decir, se preocupó de que los obreros inválidos o viejos de su Imperio, tuvieran su pensión, con su ley de 22 de Junio de 1889.

Inglaterra lo hizo para los viejos en 1909, es decir, diez y siete años más tarde, y para los inválidos en 1911, o sea veintidos años después.

Francia, en 1905 y 1910, diez y seis y veintiún años más tarde.

¿Qué nación ha demostrado mayor diligencia en servir a los necesitados y los intereses del proletariado?

Y no se trata de beneficios, grandes, si, pero accesibles a una élite, a una aristocracia de obreros; alcanza a toda la familia proletaria.

En 1910, los beneficios del seguro contra la enfermedad alcanzaban a 13.933.900 alemanes; los del seguro contra los accidentes, a 24.153.600; los del seguro contra la invalidez y la vejez, 15.659.700.

¿Es lo mismo que todos esos millones de obreros y sus familias puedan mirar con serenidad el porvenir y tener en los días de desgracia más lujo de comodidades y medios económicos que aquí la clase media; es lo mismo eso, que verse abandonados a su triste destino?

¿Pues cómo es posible que el proletariado vea en Alemania un Estado hostil, y cómo puede haber plumas que alimentan a sus lectores con esa bazofia de trapisondas o mentiras?

La audacia y la férrea voluntad con que está hoy asombrando al mundo en las empresas de la guerra, las ha demostrado también en las obras de la paz y, sobre todo, en su generosidad y preocupación por la clase obrera.

La clase obrera debería temblar por Alemania; a ninguna nación debe tanto y por ninguna sentiría tanta simpatía si se le dijera la verdad.

SEVERINO AZNAR.

¿Eres tan sólo lector de *El Amigo del Pobre*? Si te gusta ¿por qué no te haces suscriptor? ¿No deseas ayudarnos en la propaganda del bien? ¿No te mueve a trabajar por el periódico bueno la nefasta labor de los periódicos malos?

EL CEMENTERIO

¡Mansión lúgubre y sombría,
estancia de la verdad
y de ilusiones vacía,
donde reina noche y día
la más terrible igualdad!!

Amarga lección encierra
este sitio al que afanoso
hace al mundo cruda guerra
para conquistar... un foso
de siete palmos de tierra.

Y al que agitado y sediento
de riquezas y de gloria
corre peligros sin cuento
para gozar un momento
felicidad ilusoria

Aquí el déspota no impera,
ni oprime con dura mano,
y en calma yace el tirano
que aquí por la vez primera
depone el rigor insano

De esclavo vil los despojos
yacen junto a su señor;
pero no besa de hinojos
la mano que de sus ojos
llanto arrancó de dolor

Un miserable mendigo
extenuado y andrajoso
junto a un rico poderoso
con apariencia de amigo
goza de eterno reposo.

No valen aquí blasones,
ni pueden ricos metales;
dentro de aquestos umbrales
nadie goza distinciones;
todos aquí son iguales.

Tal vez entre tumbas mil
se ve un rico cenotafio
en que ingenioso buril
labró con fino perfil
honorífico epitafio.

Pero ese mármol helado
con tanto primor labrado
¿guarda acaso algo estimable?
polvo, quizá embalsamado,
pero polvo miserable.

En balde, mortal, te afanas
víctima de tu ilusión
en correr tras sombras vanas
por ganar glorias mundanas
de efímera duración.

Una mano descarnada
arrebata a los mortales,
que convertidos en nada,
arriban a esta morada
donde todos son iguales.

P. IBARBIA.

LA CRUZ DEL CAPITAN

Conocí un viejo capitán de coraceros, bretón de origen, que jamás se eximía de llevar la mano derecha al casco cuando el escuadrón pasaba por delante de una cruz.

La primera vez, se miraron los soldados entre sí: «¿A quién saludan hoy nuestros jefes?» Después callaron ya por haber comprendido o por haber recordado.

Un día marchaba la columna por un camino arenoso y me acerqué diciéndole:—La etapa se hace menos larga cuando se recorre en amistosa charla. Y entramos en conversación.

Platicábamos hacía dos o tres horas, cuando se nos ofreció a la vista un calvario, en la cima de una colina; un gran Crucifijo, cuya carne rosada parecía reavivarse bajo los rayos del Sol poniente, lloraba allí y con sus dos brazos abiertos semejaba abarcar toda la llanura. El capitán saludó, como de costumbre, sin afectación ni temor; yo, quizá un poco maliciosamente, hice gesto de buscar a quién podía dirigirse aquel homenaje: un arado solitario allá abajo; detrás de la valla, nadie.

«¿Qué a quién saludo? Pues, a la Cruz, pardiez», me dijo sin más vacilación el gallardo capitán. «¿Y usted cree por ventura?»

Sin dejarme contestar, repuso: «Por mi parte, yo creo y creo en la Cruz.

»La Cruz, es nuestro estandarte, y siento no poder hacerla presentar las armas como al regimiento, cuantas veces nos pasa revista.

»Y eso no es raro. Mire usted, se la encuentra a cada paso, en todo extremo de camino, en todo vértice de companario salta a los ojos. Es el más propagado y por eso el más sencillo de los signos; el círculo o el triángulo hubieran sido complicados; dos trozos de madera, una cuerda o un clavo, y helo ahí todo hecho....»

El escuadrón, entretanto, atravesaba un gran bosque de pinos. Los coraceros salmodiaban la cantiga de los trigos de oro, cual lenta melopea que resonase bajo la bóveda druídica.

La voz firme de mi interlocutor continuaba.

«¡Cosa singular! Es el signo de la ignominia lo que ha venido a constituir el emblema mismo del honor: y todos, aun—y sobre todo los incrédulos, solicitan el favor, la suprema distinción de llevar la «Cruz», ¡La Cruz! «¡llevar la Cruz!» Decorado, *de decus honor!* ¡Oh insensatos, que no ven la verdad deslumbradora, el sentido profundo y misterioso de las palabras!

».... En el eslabón dorado de su coraza, que golpeaba con su ancha mano, resaltaba entonces su cruz, su cruz de oficial, tan valientemente ganada, con nobleza tanta llevada: *In fronte regum fixa est*, y agregó, sonriendo: «¿No os asusta el latín de Isaías?»

»¡Sí; del pecho ha subido a la cabeza, y triunfante sobre el globo de oro que termina las coronas imperiales, *Fixa est*, allí se se ha implantado, fijado, soberana de los soberanos!

»¡Perfectamente!....»
Como costasemos, al salir de la selva, un pequeño cementerio de aldea, en donde abundaba la hierba:

«Mire usted, me dijo, doquiera está nuestra cruz. La amo tanto surgiendo así detrás de cada breñal, muro u horizonte, que no puedo prescindir de saludarla y darle gracias.

»¡Hela ahí aún!
»Ella sola, de hierro o de madera, una vez alejados los sepultureros y ni-

veleda la tierra, marcará que un hombre está allí dormido a su sombra esperando el juicio, último abrigo, techo tutelar, elocuente y muda prolongación de la plegaria.

»En la tierra de los vivientes, en las encrucijadas del camino, muestra el buen sendero.

»En el vivac de los muertos, fijada está su cabeza, como la lanza, el sable o la bandera, presta, al alcance de la mano para la primera llamada de la trompeta. Cuando suene la diana, en un abrir y cerrar los ojos, de pie estará el grande ejército de los hombres, de toda edad y lengua.

»¿Dónde entonces las armas de los impíos, su espada, estandarte y escudo?

»Vivamente, de un gesto, los soldados de Cristo tomarán su querida arma de combate y gloria, y, blandiéndola hacia el signo semejante aparecido en las nubes a espaldas del Juez, exclamarán con júbilo: ¡Presentes!

Soberbio estaba el capitán. Su armadura irradiaba como un sol ante el Sol poniente. Hubiérasele creído un Arcángel, una Potestad o una Dominación.

Restar un suscriptor, un lector a un periódico liberal es meritorio; proporcionárselos a un periódico católico es altamente laudable.

SECCIÓN AGRICOLA

La postura de las gallinas

Unos ensayos de Floral.

¿Se quiere que las gallinas aumenten la postura? Pues la experiencia ha demostrado que dos lotes de aves con régimen igual, pero uno de ellos sin alimento vinico, dieron este resultado:

Se dió unas migas de pan mojadas en 10 centilitros de vino para cada ave, que las comió con avidez.

En lotes aparte y en aves que se tenían recogidas en ambientes abrigados, se les administró una alimentación ordinaria.

El lote que vivía al aire libre, pero con dosis de migas empapadas en vino, produjo en octubre 28 huevos, 57 en noviembre, 44 en diciembre y 46 en enero.

El otro lote alcanzó 4 huevos en octubre, uno en noviembre, cero en diciembre y 22 en enero, o sea una ventaja para el primero de 148 huevos, con repetidos ensayos pudo comprobarse igualmente.

Método bien sencillo para no ser ensayado.

Juan, joven labrador, que ha vuelto de América maravillado, desprecia todo lo de su pueblo.

—Allí hay cosas inverosímiles, dice al viejo Elias. Allí vi entre otras cosas, una máquina que transformaba rápidamente un grueso tronco en hermosas hojas de papel.

—Sin salir de España, yo he visto una máquina que es una maravilla, respondió Elias. Metiendo por un lado un poco de forraje, sale por el otro en forma de leche.

—¡Esto es imposible! dijo Juan.

—Ven y te lo mostraré.

Elias acompañó al joven al establo y abrió la puerta.

—Ve ahí la máquina, dijo el viejo: es una vaca.

¡¡ 500 pesetas !!

¡Qué satisfacción tan grande hemos experimentado el miércoles 21 de Octubre pasado cuando acercándose a nosotros un apreciable amigo y suscriptor nos hizo entrega de cinco billetes de a cien pesetas, al mismo tiempo que nos decía: «Por encargo de una piadosa familia gijonesa que ve complacida la propaganda de EL AMIGO DEL POBRE y la desea cada vez más próspera, al mismo tiempo que siente los apuros de ustedes manifestados en el artículo «Quejas y súplicas» les hago este donativo. Y no me pregunten más, porque más no les puedo decir». Respetamos el deseo de la familia donante. Dios la conoce y basta. El premiará este acto de caridad con riquezas imperecederas, con una felicidad sin límites como nosotros se lo suplíamos.

¡500 pesetas!! y en este mes que pensábamos decirle al editor de nuestro periódico: Haga el favor de esperar un poquito, están para pagar algunos suscriptores que ya vencieron sus plazos... ¡Queridísimos lectores, rogad todos por el bien de quienes así atienden a este periódico que tanto os gusta.

Cómo se muere en la guerra

Un Médico afirma en una revista, que generalmente en la guerra no se advierte el dolor producido por una herida, y que muchos soldados no se darían cuenta de estar heridos si no fuese por los gestos y preguntas de los compañeros, que les vuelve la sensibilidad.

El célebre quirúrgico militar Larrey hizo un estudio acerca de la relación entre el estado moral y físico de los combatientes, y estableció que las heridas de los vencedores curan antes, en igualdad de gravedad, que las de los vencidos. El campo de batalla presenta otros casos más extraordinarios. Hay combatientes que, heridos de muerte, permanecen en pie con la actitud en que les sorprendió el golpe que concluyó su vida. Se cuenta de un Capitán, que en una batalla cargó al frente de un escuadrón, que muerto por un casco de metralla, que le destrozó el corazón, permaneció a caballo con la mano en alto, aunque de ella se le cayó el sable. La contracción de los músculos de las piernas le sujetó en la silla, y recorrió así cinco kilómetros en un galopar furioso, hasta que una sacudida muy fuerte, por un salto de su cabalgadura, lo arrojó en tierra.

La gran Prensa

Los indiferentes en religión, y aun muchos que se tienen por muy católicos, compran los periódicos prohibidos por la Iglesia, como son «El Imparcial», «El Liberal», «El Herald» etc., porque dicen que traen mejor información.

Diferentes veces se les ha demostrado que la información decantada es de mentiras en muchas ocasiones.

No obstante no han acabado de convencerse; pero creemos que se convencerán ahora con motivo de las noticias que dan de la guerra.

A tanto han llegado, que un semanario satírico ha obtenido un éxito con una parodia bufa de esa información, y por cierto que muchos de los telegramas que dieron que reír en grande eran copia exacta de los publicados por la gran Prensa rotativa!

Ha sido preciso la campaña enérgica de los periódicos católicos y de orden para reducirlos al silencio y pararlos en sus campañas, y hoy día están colocados en segunda fila, y ¡gracias!

Nadie les hace caso, y ahora, los que quieren informarse de la marcha de la campaña, compran precisamente los periódicos católicos, aquellos mismos que antes despreciaban y que en esta ocasión han dado la pauta de la prudencia y sensatez, y ¡de la información!

Sí, de la información, porque publicaban los periódicos católicos las noticias de la guerra muchas veces TRES DIAS ANTES que los otros grandes rotativos.

¡Cuántas cosas nuevas nos va a enseñar la guerra que nosotros teníamos olvidadas de puro viejas!

¿Deseas algunos números gratis para repartir? Los tenemos, pídenoslos.

Charla

—La Religión es buena, D. Filoteo; pero cuesta dinero. Si no fuera por esto, sería mejor de lo que es.

—Por lo visto eres tú de los que miden la verdad de las cosas mirando antes al bolsillo. Si cuestan caras, malas; pero si cuestan baratas, no hay más que pedir. Vamos a ver a cómo se vende la Religión o a cómo te cuesta a ti la Religión.

—Yo no quiero decir, D. Filoteo, que la Religión se compre como se compra, v. gr., una prenda de vestir, sino que por todo hay que dar dinero.

—¿Por todo? ¿estás cierto que por todo hay que dar dinero?

—Hombre... por todo, sería decir mucho; pero por algunas cosas sí que hay que dar dinero.

—Vamos, ya vas rebajando un poco, y para lo que falta, podrás explicarte un poco mejor. Vamos a ver qué dinero te cuesta a ti la Religión. Procura echar bien las cuentas.

—Algunas cosas de la Religión cuestan los cuartos. Eso no me lo negará usted, D. Filoteo.

—Convenido. Algunas cosas de la

Religión cuestan los cuartos. Ahora tienes que decirme qué cosas son esas y, además, qué pierde la Religión con ello o por qué la Religión no es todo lo buena que debe ser por que haya algunas cosas que cuesten dinero.

—Yo digo lo que oigo decir por ahí.

—No importa. Tú responde a lo que te pregunto. Se adónde vas a dar el golpe, pero quiero que tú me lo digas.

—Bueno, pues ya sabe usted que para bautizarse, casarse y para que a uno le entierren, hay que pagar al cura.

—Cierto, Teóforo. Pero hasta ahora no se ve que la Religión cueste dinero. En los casos que acabas de señalar, no se hace otra cosa que retribuir al cura por el trabajo que hace, y si quieres que me valga de tu mismo lenguaje, diré que al cura se le paga por el trabajo que hace. Pero todo esto es muy diferente de lo que dijiste al principio. Dar esa retribución, no es comprar la Religión. Cuando pagamos al médico que nos asiste en un caso de enfermedad, no compramos la ciencia. Retribuimos el trabajo, el trabajo que, siendo lícito y honesto, venga de donde viniere, de rigurosa justicia merece recompensa. Ahora, si tú quieres dar a entender que el trabajo de los curas no merece ni la más pequeña recompensa, ya es otra cosa; pero difícil te sería demostrar esto. La Religión, como Religión, es gratuita. Pero sucede que en la Religión, como ocurre en todas las cosas, hay actos,

funciones que tienen que realizarse por el trabajo, poco o mucho, de algunos. La cuestión, pues, queda reducida a si ese trabajo, poco o mucho, grande o pequeño, merece recompensa. Yo, Teóforo, digo que sí. Tú dices que no. ¿Por qué?

—Sería mejor que no cobraran nada, según mi parecer, D. Filoteo.

—No es esa la cuestión. Si tú me debes cinco duros, para ti sería mejor que no te los cobrara y yo pasaría, indudablemente, por un hombre generoso. Pero si te exijo que me los pagues, ¿obraría mal? Este es el caso. ¿Obraría mal?

—No, señor.

—Pues aplica el cuento, que el asunto está bien claro. Lo que hay es que se os ha metido en la cabeza que los curas deben trabajar de balde o que el trabajo de los curas no merece ni la más pequeña recompensa. De ahí esas sandeces y esos improperios que se oyen contra los curas porque reciben una miseria por bautizar, casar y enterrar. Por la inscripción en el registro civil, hay que pagar y nadie se queja. Por casarse civilmente, hay que pagar y aun más que doble que por casarse por la Iglesia, y tampoco se queja nadie. Los entierros civiles también cuestan los cuartos y todo el mundo calla. Pero cuando se trata de la Iglesia, todo es poner el grito en el cielo. ¿Por qué esto, Teóforo? ¿Por qué esta diferencia? ¿Por qué la equidad y la justicia exigen que se retribuya a los funcionarios civiles y no ha de exigir lo mismo para los funcionarios eclesiásticos?

¿Por qué? Yo siempre he entendido, Teóforo, que la mayor injusticia consiste en hacer justicia para unos y no querer hacerla para los que se encuentran en el mismo caso. Y eso mismo ocurre aquí, en la cuestión de que venimos tratando.

—Pero, ¿no ganaría más la Religión, si no se cobrara nada?

—Eso sería lo que fuese. Pero de todos modos si los católicos que se quejan así lo creen, en sus manos está el remedio.

—¿En sus manos, dice usted?

—Sí, Teóforo; en sus manos está. Que esos mismos que se quejan, provean a los curas de todo cuanto necesiten para cubrir sus necesidades y la cuestión queda resuelta. Por que los curas como todo hijo de vecino, tienen que alimentarse, vestirse, etc., etc., y esto a ellos nadie se lo da de balde. Que se haga lo que acabo de indicarte y se acabó la fiesta. Porque el cura es cura para servir a los demás. Con su trabajo te sirve a ti y mí y a todos los que le solicitan. Ese trabajo es casi todo gratuito, pues sólo recibe estipendio, y esto muy insignificante, por bautizar, casar y enterrar y pare usted de contar. Si, pues, trabaja en provecho de los fieles, muy puesto es en razón que éstos le retribuyan, a no ser que la equidad y la justicia se entiendan al revés cuando se trata de la Iglesia.

FILOTEO.

FUNERARIA DE Hijos de Feliciano Rodríguez
FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia
Moros, 40.—GIJÓN—Teléfono 103
SERVICIO PERMANENTE
—: Prontitud, esmero y economía :—

IMAGENES Y ALTARES

Para adquirirlos recomendamos los laureados y acreditados talleres de

JOSE TENA
BAJADA PUENTE DEL MAR, 1
VALENCIA

No dejar de consultar esta casa.

PAÑOS Y NOVEDADES
LA SIRENA

Corrida, 86 y 93
GIJÓN

BANCO DE CASTILLA
SOCIEDAD ANONIMA FUNDADA EN 1857
Infantas, 31. MADRID

Agencia de Gijón: Calle de los Moros
Cuentas corrientes, Giros, Cobros, Comisiones, Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros, Cartas de crédito, Descuentos, Préstamos, Cuentas corrientes con garantía de valores, Depósitos, etc.

CAJA DE AHORROS
Imposiciones desde UNA peseta en adelante al 3 por 100 de interés anual.

Acebal, Rato y Comp.^a
FUNDICION DE HIERRO
Barrio del Tejedor.—GIJON

Cocinas cerradas desmontables, todas de hierro fundido y por lo tanto de gran duración; no necesitan material de albañilería; pieza inutilizada se sustituye por otra, evita este sistema las cucarachas o correderas, y su montaje se hace en quince minutos. Se fabrican para leña, carbón y cok o solo para la combustión de carbón y cok.

Patentada con el núm. 50.316
Se fabrican también de todos los demás sistemas y se elabora cuanto se relaciona con el ramo de fundición de hierro, como placas, lucernas, bajadas de aguas, tubería, parrillas, etc.

SECCIÓN AGROPECUARIA

De nuevo el Señor ha visitado la casa de nuestros queridísimos amigos los eminentes propagandistas católicos, señores de Clavara, de quienes aprendimos tesón y celo en las batallas del periodismo católico popular, aunque no hayamos conseguido la brillantez, galanura de estilo y amenidad que distinguían en alto grado al inolvidable don Adolfo, que Dios llamó a Sí en Febrero de 1905.

Su hijo D. Julián, abogado, que continuaba la benemérita labor de su padre en «La Lectura Popular», de Orihuela, conocidísima y antigua publicación dedicada a las clases trabajadoras, ¡acaba de fallecer! Llegó también para el queridísimo compañero la hora de la recompensa a tantos afanes por la gloria de Dios y bien del prójimo.

Sirvan estas cristianas consideraciones como el mejor lenitivo al dolor que por la nueva pérdida sufren hoy su buena madre doña Josefa Bofill, sus hermanos y demás familia, a quienes acompañamos en el sentimiento.

¡Y todos nuestros lectores rueguen por bienhechores tan queridos!

R. I. P.

Correspondencia administrativa

Sr. D. E. M.—El Royo.—Pagó a fin Abril 1915.

Sr. D. B. S. G.—Ujo.—Id. a fin Octubre 1914.

Sr. D. R. G. T.—Torme.—Id. a fin Septiembre 1914.

Imp. de Lino V. Sangenis.—Gijón